



Añoranza de los monumentos de la Semana Santa oscense

MIGUEL ÁNGEL CHAVALA ALCÁZAR

En los años de mis padres y creo que serían similar a los de mi infancia y primeros de pubertad, para el Jueves Santo, se montaban hasta dieciséis monumentos al Santísimo, con la excepción de "La Parroquieta", que permanecía cerrada estos días Santos con el fin de no interferir en nada a los solemnes oficios de su templo "madre", "La Catedral".

Así que dieciséis monumentos se debían visitar el día de Jueves Santo, tal como la tradición lo ordenaba, cosa que se realizaba con gusto, al ser siempre novedad y novedades encontrábamos en ese piadoso recorrido. De por sí los monumentos despertaban curiosidad y quizá muchos de ellos por su ingenuidad calaban más en nuestras infantiles mentes, que dicho sea de paso venía a ser el mismo coeficiente que el de la mayoría de la gente, desde entonces a nosotros nos encantaban esos romanos pintados, que custodiaban algunos de los sepulcros salidos del pincel de los artistas locales como don León Abadías, don Félix Lafuente, Torrens, así que apóstoles, Trinidad y ángeles custodiando el tabernáculo, las arcadas, escaleras y barandales repletos de plantas y velas. Por entonces, sólo quedaban dos reliquias de lo que habían sido. Los monumentos de antaño, el de la Catedral y el maltrecho ya de San Lorenzo, que pocos años después se dejó de poner, ya que era una verdadera ruina.

El que yo contemplé en mi época en la Catedral era solamente el primer piso o tramos del original que contó con tres alturas en su plenitud. Llegando a cegar la nave de la Epístola tanto a lo ancho como al alto. Obra de José Garro en 1068, que incluyó en su diseño restos de otro más antiguo que portaba pinturas de Peiret. Como se ha dicho, en origen, constaba de tres pisos, todos ellos con profusión de arcos y barandales. El tercer nivel por idénticos motivos, se suprimió el segundo piso al deteriorarse paulatinamente su estructura. Instalándose a partir de entonces el cuerpo bajo, compuesto por un gran arco con unos laterales más bajos, escaleras y una especie de terraza que se accedía por escalinata con barandales de concepción neoclásica que parecía el cuadro de Velázquez "Los Jardines de los Médici". Al ser de cierto aire italiano: Ricardo del Arco y Garay lo atribuía sin dudar al estilo de Miguel Ángel.

Este monumento, como cosa original, se dice que el arco principal aparecía tapado con un gran cortinón morado para cuando llegaba la procesión con el Santísimo, mediante una cuerda se hacía



Cristo de la cama

descender un "angelico" de madera plateada que con su espada simulaba rasgar el cortinón que caía dejando a la vista el precioso conjunto formado por la arqueta adornada en plata donde se depositaba al Santísimo. Esta bajada del ángel era un acto muy clásico en los Jueves Santos de Huesca.

En los años de la Segunda República, iba necesitando este monumento una buena reparación y no se pudo proceder. Por lo que ya no se colocó jamás el primitivo.

Después de esta visita venía la del de Las Siervas de María. Tenían estas hermanas una capilla en la parte baja del convento a la que se accedía, porque no sé como ha quedado tras la cesión del edificio a la diócesis y adaptado a residencia sacerdotal, en dicha capilla celebraban culto e instalaban el monumento que estrenaron el Jueves Santo de 1927 con fecha del 14 de abril. Una obra de Ángel Arnal con gusto gótico todo en madera, eludiendo las telas pintadas, era pequeño pero sobrio y elegante.

De las Siervas al Hospital, por entonces ni nuevo ni viejo, hospital a secas que se descendían un par de gradas para llegar a su iglesia, iglesia modesta pero bien compuesta y el monumento en el que el esmero de las monjas adornado con plantas, flores y luces suplía la modestia de sus telares pintados.

Del Hospital a las Miguelas el suyo, era modesto en lo que atañe al tamaño, también bien

conservado que parecía nuevo, parecía una ermita con capilla gótica, instalada dentro de la iglesia, obra del oscense don Valentín Torrens, macetas, flores y velas adornaban este pulcro ejemplar que sin duda debió sustituir a otro.

De las Miguelas a Capuchinas, otro ejemplar de bambalinas con todo el aderezo monjil y de este al del colegio de las Anas, francamente elegante dentro del estilo clásico, pero con menos telares y bambalinas, encajando perfectamente en el ambiente de la iglesia, una preciosa capilla que tristemente se perdió, conservando sus puertas que comunicaban directamente con el Coso Alto, creo

que en la actualidad acoge la biblioteca. Vienen a mi memoria las alumnas del colegio con sus uniformes negros de cuello blanco y lazo zapatero con sus cabezas cubiertas por blancas mantillas cayendo a lo largo de sus espaldas hasta las rodillas y tandas de dos grupos de tres realizando la vela ante el Santísimo en el monumento. Realizo un comentario sobre los uniformes de esos años que se usaron hasta entonces, yo como profesional de la enseñanza jubilado soy partidario de que en los centros tendría que ir todo el alumnado con ropa igual o por lo menos ellas con bata y con guardapolvo los chicos, todos iguales lo que daría a todos la misma condición, evitando eso que desgraciadamente, produce la crueldad de los niños en humillar al que no porta ropa de "marca". Pero sigamos en lo nuestro tras este comentario.

Venía a continuación el de la Compañía, obra mayor. Mas que un bastidor era un mueble, con elegante escalinata de dos tramos para acceder al Sagrario encajado como remate en la crestería del por entonces altar del Corazón de Jesús, hoy de San José, obra del famosísimo hermano Martín Coronas, que lógicamente se notaba su conocimiento del templo a la hora de diseñarlo y sus posibilidades ya que todo encajaba perfectamente, en

el retablo. Haciendo del conjunto un verdadero lujo de monumento el más bonito y mejor diseñado de los existentes hasta entonces en Huesca.

Posteriormente a Santa Teresa, las "Teresas", fueron las primeras que ante el deterioro de su monumento, transformaron un altar lateral del lado del Evangelio con las gradas y la urna muy adornada con flores y luces lo que resultó una preciosidad muy llamativo.

Llegábamos al de las Hermanitas, que como todo en ellas era humilde, pero limpio al igual que ellas con jornada de puertas abiertas en el asilo donde los usuarios veían llegar gentes que conocían, por entonces Huesca y hace poco tiempo nos conocíamos todos por lo que hablaban y paseaban por esa gravilla del jardín de la entrada o los porches soleados con el sol de la tarde.

Tomando las huertas traseras en dirección hasta Santa Clara, con opción de tomar una gaseosa fresca en la fábrica de Magín Ibarz, situada más o menos donde se encuentra el supermercado Día en la calle Cabestany: otro monumento este de las Clarisas en telares cuidado con el esmero de todas las monjas de clausura. Luego hasta San Lorenzo.

San Lorenzo tuvo un monumento, que ocupaba todo lo que es la embocadura de su capilla, por entonces altar del Carmen, pintado en blanco grisáceo con una estructura transparente con arcos y columnas en madera pero mucho "arquerío" y poco cuerpo macizo, que al final, de tan deteriorado que estaba, un año no se pudo colocar entero y ya sabemos todos que San Lorenzo ha sido siempre San Lorenzo", dando siempre la pauta como modelo en renovaciones y un Jueves Santo allá por el 1930 amaneció con un nuevo monumento formado por una gran corona imperial de la que escurría un enorme manto en terciopelo rojo, que cobijaba a modo de escudo el ornamento de la urna, los candeleros y como es natural con unas clásicas gradas y escaleras para su acceso.

Seguidamente hasta Santo Domingo, donde su monumento estaba previsto que para el Viernes Santo, pudiera albergar al "Cristo de la Cama" y la gente subiese a adorar. Tras la Guerra Civil del 36 se realizó otro de muy similares características, Mosén Demetrio Segura, tenía todo muy presente y sabía la necesidad del doble uso como monumento el Jueves Santo y de sepulcro para ser adorado el Viernes.

Al salir de Santo Domingo, se nos presentaba la duda, de subir hasta Santa Rosa en Canellas o ir al "Hospicio" (en mis tiempos "Residencias Provinciales"). Parecía más lógico acudir primero a "Santa María en Foris", nombre que por entonces no figuraba más que en los libros. Una preciosidad de iglesia y qué barbaridad ha sido dejarla en su "esqueleto". Al estar cerrada al culto en sus últimos años, años del Pos Concilio Vaticano IIº, ya que al no recibir ninguna modificación del culto anterior, conservaba su púlpito, su confesionario, con cortinas

